

IN UNUM

“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”

Publicación mensual del
“INSTITUTO SECULAR ORIONINO” NOVIEMBRE 2011

Palabras de Don Orión

Había una vez un rey, poderoso y prepotente, que a la cabeza de sus ejércitos invadió países y reinos, arrasando a sangre y fuego aldeas y ciudades, y esclavizando poblaciones; hasta las bestias feroces huían aterrorizadas ante su terrible presencia; a su paso sólo dejaba sangre, destrucción y muerte.

...Pero su nombre ya se ha olvidado y no perdura más que en algún viejo diccionario, en algún polvoriento libro de historia. (...)

Pero hubo otro rey, un rey manso; que más que rey era un padre para su pueblo. No tenía ejércitos ni quiso tenerlos. Jamás derramó la sangre de nadie, ni le quemó la casa a ninguno. ¡No quiso su nombre esculpido en el granito de las rocas, sino en los corazones de los hombres!

Fue un rey que jamás lastimó a nadie; hizo el bien a todos, como la luz del sol que inunda a buenos y malos. Tendió la mano a los pecadores, salió a su encuentro, y se sentó a comer con ellos. (...)

Apoyó su mano con dulzura sobre la frente febril de los enfermos, y curó sus dolencias. Tocó los ojos de los ciegos de nacimiento y pudieron ver y descubrieron en él al Señor! Tocó los labios de los mudos y hablaron, y bendijeron en él al Señor! “¡Oigan!”, les dijo a los sordos, y pudieron oír; a los leprosos, marginados de la sociedad: “quiero limpiarlos”, y la lepra cayó como en escamas y quedaron limpios. Llevó la luz del consuelo a los más pobres tugurios y evangelizó a los pobres viviendo en la aldea más insignificante de Palestina.

No buscó seguidores entre los grandes, ni exaltó a los poderosos; muy por el contrario buscó a los humildes y pobres, y él mismo fue más que pobre. (...)

Perseguido y traicionado inicualemente, hasta en la misma cruz, imploró a su Padre celestial el perdón para los bárbaros que lo habían crucificado. (...) ¡Verdadero Rey de paz: Dios, Padre, Redentor de todos! Quiso morir con los brazos abiertos, suspendido entre el cielo y la tierra, llamando a todos a su Corazón traspasado. (...)

Jesús no se hizo construir un mausoleo, como los antiguos reyes; pero por todas partes se ven casas consagradas a su memoria, en las grandes ciudades como en los pueblos pequeños. Y aún en lugares despoblados, entre las nieves eternas, se levantan ermitas –humildes refugios muy parecidos a la gruta de Belén– con una cruz que evoca la obra de amor y de inmolación de Nuestro Señor Jesucristo. (...) ¡Su caridad conquistó al mundo!

(Extraído del libro “Un Profeta de nuestro tiempo”, páginas 41-44)



La realeza de Cristo

El tema de Cristo Rey es una de las tradiciones más desconcertantes en la tradición bíblica y cristiana: Cristo es Rey, pero reina desde la cruz. En el Antiguo Testamento, la tradición profética es mayoritariamente crítica de la monarquía. Cuando se habla positivamente de David y de su descendencia, se habla de un Rey futuro utópico, que nunca realmente existió. El Nuevo Testamento asume la tradición davídica, pero con un sentido paradójico: Jesús es hijo de David, pero reina radicalmente desde el no-poder, se identifica con el pobre, con el siervo sufriente, con el niño, como símbolo de quien no tiene poder. Toda la vida de Jesús es una negación radical de la monarquía, como estructura de poder.

En la parte superior de la cruz de Jesús una inscripción decía: “Este es el rey de los judíos”. En el evangelio de Juan, Jesús le dice a Pilato: “*Mi realeza no es de este mundo. Si fuera de este mundo, los que están a mi servicio habría combatido para que no fuese entregado a los judíos. Pero mi realeza no es de aquí*”. Entonces Pilato le dijo: *¿Entonces tú eres rey?* Respondió Jesús: “*Tú lo dices:*

yo soy rey. Para esto he nacido y he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad” (Jn. 18, 36–37). Es la mejor síntesis del sentido de la realeza de Jesús. Jesús muere como Rey de los judíos, porque los judíos han afirmado categóricamente que ellos “no tienen más rey que el César” (Jn. 19, 15). En el Apocalipsis Jesús es llamado “Rey de Reyes y Señor de Señores” (19, 16), pero

2

Jesús reina como Cordero degollado, con la fuerza de su Palabra. Nunca aparece ejerciendo el poder político, el poder monárquico, el poder de dominación.

En toda la tradición sinóptica, Jesús es Rey porque predica e inaugura el Reino de Dios. En tiempos de Jesús había muchas concepciones del Reino de Dios. Los grupos nacionalistas identificaban el Reino de Dios con la restauración de la monarquía davídica, lo que significaba un enfrentamiento violento con los romanos. Jesús no asume nunca esta posición.

Los sacerdotes identificaban el Reino con la restauración del Templo. Jesús deslegitimó el templo como cueva de bandidos y como casa de mercado y lo sustituyó por el templo de su cuerpo. Los fariseos, finalmente, identificaban el Reino con el imperio de la ley; el Mesías enseñaría a todo el pueblo a cumplir perfectamente la ley y así construiría el Reino de Dios. Claramente ésta no es la posición de Jesús, que transgredió continuamente la ley para ponerla al servicio de la vida humana.

Jesús identificó positivamente el Reino de Dios con la vida del pueblo pobre y oprimido. Jesús es Rey, porque sana a los enfermos y da vida a los muertos. Jesús es Rey, porque ha venido a traer vida y vida en abundancia (Jn 10, 10).

El texto de Colosenses, hace una reflexión teológica muy profunda sobre la realeza de Cristo. “Dios nos liberó del poder de las tinieblas y nos hizo entrar al Reino de su Hijo que está por encima de los tronos, dominaciones, principados y potestades. El es cabeza, pero de su cuerpo que es la Iglesia. Por su resurrección, triunfó la vida sobre la muerte, es el primero en todo y en él reside toda la plenitud”. (cfr. Col. 1,13–19).

Jesús es el hijo de David, el Rey de Israel, pero reina desde la Cruz, desde la pobreza, desde el despojo, desde el no-poder, desde la identificación con los pobres, los niños y los esclavos.

Jesús es Rey, porque proclama e inaugura el Reino de Dios, pero un Reino que no se identifica ni con la monarquía, ni con el templo, ni con la ley, sino con la vida del pueblo pobre. El poder de Jesús Rey es un poder liberador de los pobres y oprimidos. Jesús reina con el poder de su Palabra y con el poder del Espíritu.

La idea de un imperio cristiano y de un Cristo como rey imperial es contraria a toda la tradición evangélica y apostólica. Jesús clavado en la cruz como rey de los judíos, niega todo mesianismo político triunfante y dominador. El testamento de Jesús es muy claro: *“aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos. Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud”*. (Mc. 10,42–45).

Los apóstoles después de Pentecostés hicieron muchos signos y prodigios en medio del pueblo (cfr. Hechos de los Apóstoles), pero para dar testimonio entre los pobres del poder de la Resurrección de Jesús y de su Espíritu. La comunidad cristiana tiene poder, no para dominar, sino para construir el Reino de Dios entre los pobres.

El título de “Rey”, aplicado a Jesús, no deja de tener algún problema, según cómo sea entendido. En primer lugar –aun no siendo esto ciertamente lo más importante– hay que recordar que estamos en una época de la historia del mundo en la que el sistema monárquico no es el sistema más común ni el más moderno. Hay países jóvenes –que nunca vivieron el sistema monárquico– en los que los cristianos expresan su insatisfacción con esta palabra.

Jesús, en efecto, afirmó su realeza en un momento bien curioso: ante Poncio Pilato. La reacción de éste debió ser de absoluta sorpresa. Para Pilato, ser rey era ser poderoso, omnipotente, temido; era tener a disposición personas e instituciones, actuar por encima de las leyes y del bien y del mal... Para Pilato, ser rey debía ser la antítesis misma de lo que representaba a aquel hombre que tenía delante: un Jesús, desgarrado, abandonado, burlado, coronado de espinas...

Todos sabemos, la fiesta de Cristo Rey –en el pasado más que en la actualidad–, ha sido entendida en algún sentido “al estilo de Pilato”: hemos vestido a Jesús con traje real, con cetro,

corona, fulgores, trono y lo hemos imaginado como rey todopoderoso... tal como nunca él fue. La fiesta ha servido para entronizar a Jesús con nuestra imaginación asimilándolo a la posición de los “señores de este mundo” (Mt. 20, 25), de los que él siempre quiso diferenciarse. La rica imaginería medieval y moderna de “Cristo-Rey” así lo muestra.

En algunos países de tradición católica todavía recuerda la celebración con fiestas multitudinarias, cantando himnos y ondeando banderas que proclamaban a Cristo como Rey, lo

3

entronizaban y le “consagraban oficialmente” el país, a veces incluso por medio de la participación explícita de gobernantes que, por otra parte, no respetaban los derechos humanos.

¿Está consagrado a Cristo un país, por el solo hecho de que se haga un acto público de consagración oficial? ¿Quiere el Señor consagraciones “oficiales”? ¿Quiere Él ser rey así? ¿Qué es realmente “consagrar”?

Jesús habló de un reino, ciertamente. Más aún, el tema “reino de Dios” fue “el tema” central y casi obsesivo de la predicación de Jesús. El vivió enteramente “consagrado” a ese Reino. Soñaba con el Reino, y sólo quería que ese Reino creciera en este mundo. Pero nunca buscó “consagraciones” públicas, ni la participación en ellas del poder político. Pasó la mayor parte de su vida “como uno de tantos” (Flp. 2,7), consagrado a ese reino desde el silencio de su vida anónima y pobre de Nazaret. Y aun cuando después se lanzó por los caminos polvorientos de Palestina a anunciar incansablemente ese Reino, nunca pensó en pedir la colaboración de Pilato, ni soñó con que un día llegara a izarse una bandera suya junto al águila romana.

Hoy día la mayor parte de los cristianos comprendemos que Jesús no quiere que las sociedades sean cristianas “oficial o confesionalmente” (por una proclamación pública y oficial y con la participación del poder político), sino que lo sean “realmente” (por la vivencia de los valores del Reino, entre los que se incluyen siempre el respeto a las minorías y también a los no cristianos).

Jesús, más que Rey fue históricamente mensajero y luchador del Reino. Evitó expresamente que lo proclamaran rey, como efectivamente intentaron hacer en algún momento, (después de la multiplicación de los panes, Jn. 6,15). Lo que Él buscaba no era gentes que le aclamaran como rey, sino gentes que se decidieran a construir el Reino de Dios. Y esa voluntad de Jesús sigue vigente hoy.

Por eso, para nosotros, proclamar a Cristo como Rey es vivir diariamente los valores de su Reino y proclamar que los jefes (personas, partidos, instituciones, funcionarios) de los países no deben dominarlos ni oprimirlos, sino entender la autoridad como servicio. Él quiere ser proclamado con la humildad de nuestro servicio a la vida, con la efectividad de nuestro compromiso, con la confesión de nuestro testimonio personal y comunitario, porque el suyo es un Reino de verdad, de justicia, de amor y de paz.



No al desanimo

Esta lectura nos puede ayudar cuando estamos llenos de pesimismo y no sabemos encontrar soluciones; para cuando nos desanimamos frente a las situaciones difíciles que nos enfrenta la vida; para cuando perdemos la esperanza.

La entrega a Dios para vivir lo que Él nos pide, no significa que todo queda hecho de una vez para siempre. Ni tampoco significa que la incertidumbre o la duda ya no tendrán lugar en nuestras vidas. Suele acontecer lo contrario. Desde la duda o la incertidumbre se sigue esperando en Él. Desde la duda se vive en la fe.

La esperanza lo es de algo aún no alcanzado. De algo que no vemos: “Esperanza de lo que se ve, ya no es esperanza, ¿quién espera lo que ya ve?” (Rom. 8, 24). La felicidad de los que tienen la fe, es que no han visto (Lc. 1, 45; Jn. 20, 29). Esa es “la fe, anticipo de lo que se espera, prueba de lo que se ve” (Heb. 11,1). Esa misma fe que se vive en la duda, no se deja vencer por la duda. “Fue al encontrarse con el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe, cuando creyó Abraham. Esperar cuando no había esperanza fue la fe que lo hizo padre de todos los pueblos...

Su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, materialmente muerto (tenía casi cien años), ni el seno de Sara ya sin vida. Frente a la promesa de Dios la incredulidad no lo hizo vacilar. Al contrario, su fe se reforzó reconociendo que Dios decía la verdad y convenciéndose plenamente de que tiene poder para cumplir lo que promete” (Rom. 4, 17-27-21).

Esta es precisamente la fe de María. La fe que no comprende, pero se fía de Dios. (Lc. 2, 18-19. 51). Ya en la anunciación, María se pregunta cómo sería Madre (Lc. 1, 34). A su Hijo le pregunta sobre el por qué de su conducta cuando lo encuentra después de haberlo buscado angustiosamente con José (Lc. 2,48).

Las preguntas que surgen espontáneas ante las dificultades que vemos o sentimos no se oponen a la fe. Una fe lúcida se enfrenta con sus interrogantes. Como la esperanza ante lo que no se hace, o vemos como imposible. Esos interrogantes que más de una vez se abren a nues-

4

tro entendimiento –a nuestro ser todo– deben llevarnos a aceptar más plenamente en fe y esperanza la obra del Padre que nos ama. No se pide de nosotros que lo comprendamos. Ni menos que para tener fe en Él entendamos sus designios sobre nosotros y sobre el mundo, en cada caso concreto que se nos presenta. El amor es el que debe hacernos confiar en lo que no vemos, en lo que no comprendemos.

Dios comprende esas preguntas hechas de duda en la fe. Y aun esas quejas en los momentos difíciles: “Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? (Lc. 2,48). Y aun el dolor de Jesús expresado desde la cruz en aquel “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc. 15, 34).

Sin llegar a situaciones límites, muchas veces surgen en nuestra vida las preguntas penosas ante lo que vemos imposible o desproporcionado con nuestras fuerzas. Preguntas como la de aquellas mujeres que iban a ungir el cuerpo sepultado de Jesús, y que: “decían entre ellas: ¿quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?” (Mc. 16, 3). Eran realistas. La piedra que cerraba la entrada del sepulcro era muy pesada. Ellas no hubieran podido moverla y hacerla rodar para poder entrar en el sepulcro.

Esas preguntas que surgen ante nuestra limitación, no significan necesariamente falta de fe o esperanza. A no ser que dejemos que el desaliento nos haga inoperantes. Nos lleve a no hacer nada de nuestra parte. Aquellas buenas mujeres se iban haciendo esas preguntas y al mismo tiempo seguían caminando hacia la sepultura de Jesús. Era lo único que podían hacer. No detenerse ante la dificultad prevista. Nuestro Padre nos exige que seamos realistas y que midamos nuestras fuerzas (Lc. 14, 28-32). Y simultáneamente espera de nosotros que hagamos lo que esté de nuestra parte, recordando que “lo imposible humanamente es posible para Dios” (Lc. 18, 27).

Cuando las mujeres llegaron al sepulcro “vieron que la piedra había sido corrida; era una piedra muy grande” (Mc. 16, 4).

Más de una vez nuestra imaginación y nuestra sensibilidad atentan contra nuestra esperanza. Partiendo de una real dificultad, nuestra imaginación la va agrandando, y nuestra sensibilidad nos la hace sentir insoportable. Entonces perdemos el tiempo lastimosamente imaginando dolores y males, que tienen su fundamento, pero que nunca llegarán, o no han llegado todavía.

El pecar contra la esperanza, en estos casos, es alimentar la imaginación y la sensibilidad que se hacen enfermizas. Y tienden a anular o paralizar los esfuerzos posibles.

La esperanza que nos lleva a no obrar y a no hacer lo posible, no es esperanza evangélica. Ésta, si es auténtica, pondrá en movimiento todas las fuerzas para obtener lo que se espera. Esperar de brazos cruzados es antievangélico.

Cuando ya no se puede hacer nada, porque no está en nuestras manos, sólo entonces, sigamos esperando contra toda esperanza. Y nos lanzamos, desde nuestra realidad de impotencia hacia el Señor de lo imposible. Que es el Padre que nos conoce y quiere que permanezcamos en fe y esperanza, confiados en su amor.

En este mes de la Virgen, nos unimos a Ella para sentirnos bajo su mirada de amor en aquellos momentos en que estamos a punto de desanimarnos.

Mientras nos preguntamos: “*En los peligros y sufrimientos, ¿me fío y espero en Dios? ¿Mi esperanza es activa? ¿Pongo de mi parte todo lo posible?*”

A partir de hoy hagamos el propósito delante del Señor “que trataremos de evitar la ansiedad, la angustia y la agitación, extremos que matan la esperanza. Pidamos con confianza: “María que confiaste siempre en Dios, no permitas que nos desanimemos.



Noticias

RESONANCIAS DEL RETIRO

Dijo Raquel: “Quiero agradecer a Dios por haber podido realizar nuestros ejercicios anuales. También quisiera agradecer a las distintas personas que de una u otra manera colaboraron: al Padre Provincial quien muy gentilmente ofreció el seminario; al Padre Héctor Pazos por su hospitalidad; al Padre Jacinto Rojas, quien nos predicó el retiro con mucha dedicación, humildad y amor. Las reflexiones fueron iluminadas a partir de la Palabra, la encíclica “Dios es Caridad” y el Catecismo de la Iglesia católica. 1ª Meditación: “Dios es Amor” (Jn. 4, 8) Contemplar el Amor de Dios: La contemplación es la entrega humilde y pobre a la voluntad amorosa del Padre, en unión cada vez más profunda con su Hijo amado.

5

2ª Meditación: “Vengan y vean”. Trabajamos en grupos con distintas citas bíblicas en cada una de ellas hemos descubierto el Amor de Dios, que surge a través de un encuentro, un diálogo, un momento de recapacitar y por último la respuesta realizando un diálogo filial con Jesús, donde se descubre a ese Dios Amor.

3ª Meditación: “...al pasar junto a Él, lo vio y se conmovió” (Lc.10,33) No hay Amor de Dios sin la práctica de la Misericordia, a eso estamos llamadas en el mundo de hoy a tener entrañas de Misericordia para con nuestro prójimo. 4ª Meditación: “Estuve desnudo y me vistieron...” contemplar la vida de los Santos quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad.

Nos habló sobre la contemplación de Dios-Amor, nuestro encuentro cotidiano con Jesús y nuestra respuesta en el amor al prójimo con la delicadeza y atención del Buen Samaritano; nos invitó a mirar a María y a los santos quienes ejercieron de modo ejemplar la caridad y el servicio. Las obras pueden ser de instruir, consolar, confortar, perdonar y sufrir con paciencia, el pecado más grave es la insensibilidad. Decía Don Orione: en el más miserable de los hombres brilla el rostro de Jesús, por eso cualquier ser humano necesita una entrañable atención personal.

Quiero destacar, especialmente que el Padre Rojas estuvo presente en todos los momentos del retiro. En la misa, nos acompañaron los Padres Santiago y Cristian, las hermanas y las novicias. Un gracias grande a todos aquellos que nos acompañaron con sus oraciones.

Como queremos seguir reflexionando lo meditado en el retiro, este mes vamos contemplar la vida de la Madre Teresa de Calcuta, en especial, su caridad.

Dijo Irene: El retiro maravilloso, la predica del Padre Rojas, que estuvo especialmente inspirado en el tema “vengan y vean ...el amor de Dios”, nos permitió recargar las pilas para seguir nuestra acción en la sociedad.

Compartimos la inmensa alegría de Fernanda con sus primeros votos, de Blanca renovando, Nelis Beatriz –de Uruguay– sus primeras promesas y María Rosa renovándolas y por todas las que una vez más expresamos el **si** perpetuo.

Fue grato reencontrarnos, destacamos la presencia de Nélide que pudo superar el problema de salud que le impidió estar en retiros anteriores, y la de Norma Beatriz que hizo posible su traslado.

Agradecimientos: a los padres Santiago y Cristian que concelebraron la Santa Misa de clausura; a las hermanas que nos acompañaron en la Misa central; a los clérigos que pacientemente, manejaron el vehículo que nos trasladó; al padre Héctor y al padre Provincial que nos recibieron en la casa de San Miguel haciéndonos sentir como en la nuestra.

Agradecemos también a todos quienes hicieron llegar su acompañamiento y oraciones por distintos medios (mails, mensajes de texto, telefónicos, etc.); a los cocineros que nos prepararon un rico menú durante la estadía; a todas las presentes que hicimos posible se desarrollara en un clima de amorosa fraternidad.

Lamentamos las ausencias de tantas hermanas, por situaciones de enfermedad, laboral o familiar, que estuvieron y estarán presentes en las oraciones de cada día.



UN PEDIDO DE LINA

- Pido a las hermanas del interior y del exterior que por favor no me manden cartas certificadas por ningún motivo. El cartero se tomó la costumbre, –sin tocar el timbre para ver si estoy–, de tirarme el aviso en el patio de entrada y más de una vez se moja, la lleva el viento o no la veo; a parte de la molestia de tener que ir a buscarla al correo que es bastante distante. Cuando fui a hacer la queja se

defendió que tocó el timbre y no contestó nadie, cosa no cierta porque no me había movido de mi casa y el aviso lo había tirado junto a otras cartas diciendo que no se encontraba nadie en el domicilio. Por lo tanto, hasta que no “cambien” el cartero, no me manden cartas certificadas.

Damos gracias por el retiro, por Fernanda en su primera consagración y Nelis en sus primeras promesas. También gracias por Blanca y Claudia que renovaron los votos, María Rosa renovó promesas y Susana de Mendoza también hizo ya las primeras promesas.



Intenciones del Papa para Noviembre

GENERAL: Por las Iglesias católicas orientales, para que su venerable tradición sea reconocida y estimada como riqueza espiritual por toda la Iglesia.

MISIONERA: Para que el continente africano encuentre en Cristo la fuerza para realizar el camino de reconciliación y justicia señalado por el segundo Sínodo de Obispos de África.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA: Por la pronta glorificación de aquellos hombres y mujeres que han hecho caminos de santidad en nuestra tierra.



¡Sonría, por favor!

Una pareja volvía de un viaje en su coche sin dirigirse una sola palabra a causa de una discusión que habían tenido.

Pasaron por un campo donde había varios cerdos, burros y una vaca. Entonces el marido le pregunta a su esposa:

“Querida, ¿esos son tus parientes?”

Y ella le contesta con mucho sarcasmo:

“Sí, da la casualidad que estaba pensando en eso: allí están mi suegra y mis cuñados”.

